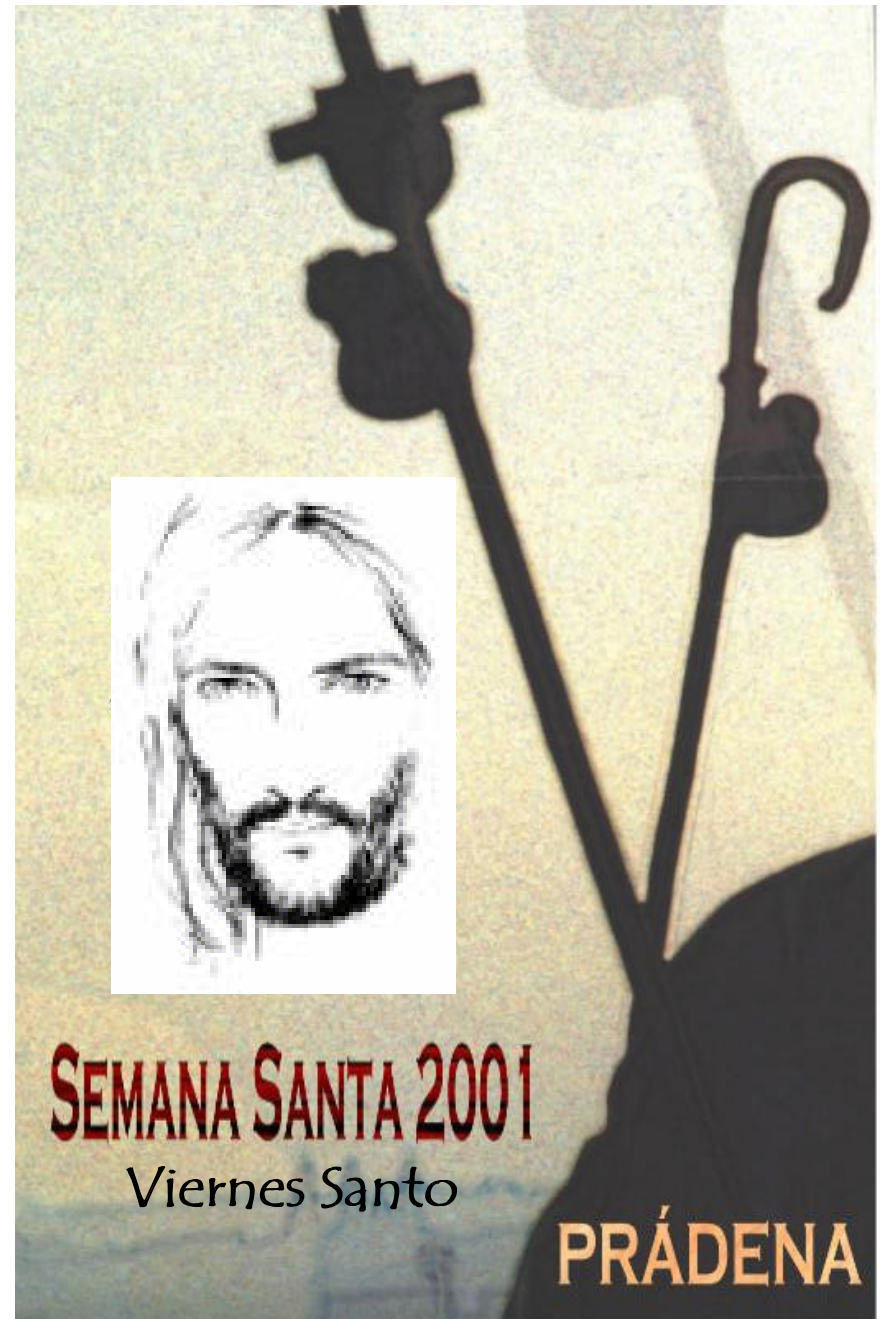




MISIONEROS CLARETIANOS



SEMANA SANTA 2001

Viernes Santo

PRÁDENA

I

La razón y el sentido de la muerte de Jesús

La muerte de Jesús es la consecuencia de ciertas tensiones entre un carismático de origen rural y una élite urbana, entre un movimiento judío de renovación y el dominio romano, entre el heraldo de un cambio cósmico, que trasformaría también el templo, y los representantes del estamento gobernante. Las razones de carácter religioso y de carácter político no se pueden presentar aisladamente unas de otras: es cierto que Jesús no quería alcanzar el poder político-religioso convocando a unos discípulos; pero **anunció la llegada inminente de un «reinado de Dios» en el que los primeros serían últimos, y los últimos primeros**. Dios iba a instaurar ese reino milagrosamente. En el reino de Dios, Jesús y sus discípulos gobernarían sobre Israel (Lc 22, 28-30 par.). No había sitio para el gobierno de la aristocracia del templo ni para los romanos.

Ambos grupos (sacerdotes del Templo y romanos) eran los adversarios de Jesús, pero perseguían intereses dispares. El sanedrín (el Consejo del Templo) tomó nota de su profecía contra el templo; su crítica ponía en entredicho la legitimidad de sus privilegios (diezmos y dignidad ante el pueblo). El prefecto romano tuvo que desconfiar del «reinado» que anunciaba Jesús; su poder corría peligro. **Por eso, ante el sanedrín, Jesús fue objeto de escarnio como «profeta»** (Mc

Jesús es sepultado

(Mt. 27.57–61; Mr. 15.42–47; Lc. 23.50–56)

³⁸Después de todo esto, José de Arimatea, que era discípulo de Jesús, pero secretamente por miedo de los judíos, rogó a Pilato que le permitiese llevarse el cuerpo de Jesús; y Pilato se lo concedió. Entonces vino, y se llevó el cuerpo de Jesús. ³⁹También Nicodemo, el que antes había visitado a Jesús de noche, vino trayendo un compuesto de mirra y de áloes, como cien libras. ⁴⁰Tomaron, pues, el cuerpo de Jesús, y lo envolvieron en lienzos con especias aromáticas, según es costumbre sepultar entre los judíos. ⁴¹Y en el lugar donde había sido crucificado, había un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo, en el cual aún no había sido puesto ninguno. ⁴²Allí, pues, por causa de la preparación de la pascua de los judíos, y porque aquel sepulcro estaba cerca, pusieron a Jesús.



vestidos, e hicieron cuatro partes, una para cada soldado. Tomaron también su túnica, la cual era sin costura, de un solo tejido de arriba abajo.²⁴Entonces dijeron entre sí: No la partamos, sino echemos suertes sobre ella, a ver de quién será. Esto fue para que se cumpliera la Escritura, que dice:

Repartieron entre sí mis vestidos,

Y sobre mi ropa echaron suertes.

Y así lo hicieron los soldados.²⁵Estaban junto a la cruz de Jesús su madre, y la hermana de su madre, María mujer de Cleofas, y María Magdalena.²⁶Cuando vio Jesús a su madre, y al discípulo a quien él amaba, que estaba presente, dijo a su madre: Mujer, he ahí tu hijo.²⁷Después dijo al discípulo: He ahí tu madre. Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa.

²⁸Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba consumado, dijo, para que la Escritura se cumpliera: Tengo sed.²⁹Y estaba allí una vasija llena de vinagre; entonces ellos empaparon en vinagre una esponja, y poniéndola en un hisopo, se la acercaron a la boca.³⁰Cuando Jesús hubo tomado el vinagre, dijo: Consumado es. Y habiendo inclinado la cabeza, entregó el espíritu.

El costado de Jesús traspasado

³¹Entonces los judíos, por cuanto era la preparación de la pascua, a fin de que los cuerpos no quedasen en la cruz en el día de reposo* (pues aquel día de reposo* era de gran solemnidad), rogaron a Pilato que se les quebrasen las piernas, y fuesen quitados de allí.³²Vinieron, pues, los soldados, y quebraron las piernas al primero, y asimismo al otro que había sido crucificado con él.³³Mas cuando llegaron a Jesús, como le vieron ya muerto, no le quebraron las piernas.³⁴Pero uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua.³⁵Y el que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero; y él sabe que dice verdad, para que vosotros también creáis.³⁶Porque estas cosas sucedieron para que se cumpliera la Escritura: No será quebrado hueso suyo.³⁷Y también otra Escritura dice: Mirarán al que traspasaron.

14,65); y ante los romanos, como «rey» (Mc 15, 16-18); pero unos y otros compartían el interés común de evitar el desorden. Unos y otros actuaron conjuntamente en el proceso contra Jesús.

Intervinieron pequeñas elites de judíos y romanos. Pero participó también gente normal: una multitud judía exigió a gritos la muerte de Jesús; soldados paganos maltrataron y crucificaron a Jesús como “rey de los judíos”. Los discípulos desempeñan un papel importante: Judas delató el lugar de estancia de Jesús y permitió su arresto sin llamar la atención. Todos los discípulos huyeron. Pedro le negó por no arriesgarse.

No es correcto preguntar por la «culpa» en la muerte de Jesús. Sólo cabe contestar la pregunta por la responsabilidad de **su condena. Esa responsabilidad está en los romanos que actuaron por iniciativa de la aristocracia local judía.** Cabe mencionar, además, muchas causas y factores: Jesús mismo arriesgó su desenlace al dirigirse a Jerusalén. **Toda su actividad presenta una nota de autoestigmatización** (exclusión social como peligroso). Jesús se expuso, consciente de que le lloverían las agresiones. Es igualmente cierto que fue víctima de unos conflictos estructurales entre la ciudad y el campo, entre judíos y romanos, entre el pueblo y la aristocracia. Muchos sufrieron bajo estos conflictos.

Es muy lógico preguntar **de qué manera atrajo Jesús sobre sí tales animosidades.** Hay tres aspectos de su actividad que dieron pie a ellas:

1. su actitud hacia la *torá*;
2. su crítica al templo; y
3. algunos aspectos explosivos de su predicación, como la espera del reinado de Dios o la pretensión mesiánica.

De estos tres factores, **quizá la crítica al templo y el vaticinio sobre él fueron decisivos.** La «crítica» a la *torá* que hizo Jesús no pasa de ser una interpretación amplia de la misma. Con ella pudo llamar la atención e impactar, pero eso no era motivo para quitarle la vida. Lo mismo cabe decir de sus esperanzas sobre el Final de los Tiempos; otros judíos las compartieron. Pero al intensificarse esas esperanzas con la aparición de un carismático, cundió la alarma entre los dirigentes. Las esperanzas escatológicas anunciadas por Jesús hacía tambalearse los cimientos del orden estableci-

do del mundo y de la sociedad. **Pero con la crítica al templo, Jesús entraba en conflicto con el núcleo religioso del judaísmo de la época.** El judaísmo era entonces mucho más una religión del templo que una religión de la *torá*. Sólo con la pérdida del templo pasó a ser la *torá* el centro exclusivo de la fe. Pero el conflicto con el templo no se puede aislar de otros aspectos de la actividad de Jesús: su interpretación amplia de la *torá* (la Ley de Dios) tenía que resultar ahora más sospechosa aún. Porque la *torá* (la Ley de Dios) era el fundamento legitimador del templo: el Pentateuco enseñaba la razón de ser del culto en el templo de Jerusalén. Lo mismo se puede decir de los aspectos políticos de la actividad de Jesús: **el templo era la base de la autonomía política de la comunidad judía y, en consecuencia, la base para los privilegios del estamento superior.** El que lo criticaba, era políticamente un sedicioso. Pero es importante señalar que, con su crítica al templo, Jesús no se salió del judaísmo. Otros judíos se distanciaron igualmente del templo: el Bautista, los esenios, por no hablar de los samaritanos. Un gran aporte del judaísmo en los dos primeros siglos cristianos fue su transformación en una religión capaz de vivir sin templo... a pesar de su adhesión íntima a él. Jesús, con su mensaje, entra en este proceso de transformación; él es, con todos sus conflictos, una parte de la historia de la religión judía.

Su muerte vino a confirmar una idea ancestral de Israel: sólo una fe ingenua puede creer en el nexo entre la buena conducta y la felicidad. Israel había aprendido que también el justo puede sufrir y también el sufriente puede ser justo. El vencido puede tener más razón que el vencedor. Dios puede estar del lado de los proscritos y los despreciados. Por eso, la comunidad cristiana primitiva narró pronto la historia de la muerte de Jesús recurriendo a los temas de la *passio iusti* (el sufrimiento del justo en Isaías 40 ss). Los discípulos pudieron explicar así la muerte de Jesús, inesperada para ellos.

Esta muerte resultó fecunda, sobre todo, en una nueva y audaz interpretación: como muerte sacrificial que sentó la base de **una nueva comunión de las personas entre sí y con Dios.** Analicemos su significado con la inevitable brevedad.

Jesús había conformado su última cena con los discípulos como la fundación simbólica de una «nueva alianza». Después de su

diciendo: ¡Crucifícale! ¡Crucifícale! Pilato les dijo: Tomadle vosotros, y crucificadle; porque yo no hallo delito en él.⁷ Los judíos le respondieron: Nosotros tenemos una ley, y según nuestra ley debe morir, porque se hizo a sí mismo Hijo de Dios.⁸ Cuando Pilato oyó decir esto, tuvo más miedo.⁹ Y entró otra vez en el pretorio, y dijo a Jesús: ¿De dónde eres tú? Mas Jesús no le dio respuesta.¹⁰ Entonces le dijo Pilato: ¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo autoridad para crucificarte, y que tengo autoridad para soltarte?¹¹ Respondió Jesús: Ninguna autoridad tendrías contra mí, si no te fuese dada de arriba; por tanto, el que a ti me ha entregado, mayor pecado tiene.

¹²Desde entonces procuraba Pilato soltarle; pero los judíos daban voces, diciendo: Si a éste sueltas, no eres amigo de César; todo el que se hace rey, a César se opone.¹³ Entonces Pilato, oyendo esto, llevó fuera a Jesús, y se sentó en el tribunal en el lugar llamado el Enlosado, y en hebreo Gabata.¹⁴ Era la preparación de la pascua, y como la hora sexta. Entonces dijo a los judíos: ¡He aquí vuestro Rey!¹⁵ Pero ellos gritaron: ¡Fuera, fuera, crucifícale! Pilato les dijo: ¿A vuestro Rey he de crucificar? Respondieron los principales sacerdotes: No tenemos más rey que César.¹⁶ Así que entonces lo entregó a ellos para que fuese crucificado. Tomaron, pues, a Jesús, y le llevaron.

Crucifixión y muerte de Jesús

(Mt. 27.32–50; Mr. 15.21–37; Lc. 23.26–49)

¹⁷Y él, cargando su cruz, salió al lugar llamado de la Calavera, y en hebreo, Gólgota;¹⁸ y allí le crucificaron, y con él a otros dos, uno a cada lado, y Jesús en medio.¹⁹ Escribió también Pilato un título, que puso sobre la cruz, el cual decía: JESÚS NAZARENO, REY DE LOS JUDÍOS.²⁰ Y muchos de los judíos leyeron este título; porque el lugar donde Jesús fue crucificado estaba cerca de la ciudad, y el título estaba escrito en hebreo, en griego y en latín.²¹ Dijeron a Pilato los principales sacerdotes de los judíos: No escribas: Rey de los judíos; sino, que él dijo: Soy Rey de los judíos.²² Respondió Pilato: Lo que he escrito, he escrito.

²³Cuando los soldados hubieron crucificado a Jesús, tomaron sus

²⁸Llevaron a Jesús de casa de Caifás al pretorio. Era de mañana, y ellos no entraron en el pretorio para no contaminarse, y así poder comer la pascua. ²⁹Entonces salió Pilato a ellos, y les dijo: ¿Qué acusación traéis contra este hombre? ³⁰Respondieron y le dijeron: Si éste no fuera malhechor, no te lo habríamos entregado. ³¹Entonces les dijo Pilato: Tomadle vosotros, y juzgadle según vuestra ley. Y los judíos le dijeron: A nosotros no nos está permitido dar muerte a nadie; ³²para que se cumpliese la palabra que Jesús había dicho, dando a entender de qué muerte iba a morir.

³³Entonces Pilato volvió a entrar en el pretorio, y llamó a Jesús y le dijo: ¿Eres tú el Rey de los judíos? ³⁴Jesús le respondió: ¿Dices tú esto por ti mismo, o te lo han dicho otros de mí? ³⁵Pilato le respondió: ¿Soy yo acaso judío? Tu nación, y los principales sacerdotes, te han entregado a mí. ¿Qué has hecho? ³⁶Respondió Jesús: Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí. ³⁷Le dijo entonces Pilato: ¿Luego, eres tú rey? Respondió Jesús: Tú dices que yo soy rey. Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio a la verdad. Todo aquel que es de la verdad, oye mi voz. ³⁸Le dijo Pilato: ¿Qué es la verdad?

Y cuando hubo dicho esto, salió otra vez a los judíos, y les dijo: Yo no hallo en él ningún delito. ³⁹Pero vosotros tenéis la costumbre de que os suelte uno en la pascua. ¿Queréis, pues, que os suelte al Rey de los judíos? ⁴⁰Entonces todos dieron voces de nuevo, diciendo: No a éste, sino a Barrabás. Y Barrabás era ladrón.

19

¹Así que, entonces tomó Pilato a Jesús, y le azotó. ²Y los soldados entretejieron una corona de espinas, y la pusieron sobre su cabeza, y le vistieron con un manto de púrpura; ³y le decían: ¡Salve, Rey de los judíos! y le daban de bofetadas. ⁴Entonces Pilato salió otra vez, y les dijo: Mirad, os lo traigo fuera, para que entendáis que ningún delito hallo en él. ⁵Y salió Jesús, llevando la corona de espinas y el manto de púrpura. Y Pilato les dijo: ¡He aquí el hombre! ⁶Cuando le vieron los principales sacerdotes y los alguaciles, dieron voces,

muerte, los discípulos entendieron esa muerte como un «sacrificio» que sellaba aquella alianza. No fueron ellos los que ofrecieron este «sacrificio». Fueron las apariciones de pascua las que les dieron la certeza de que Dios había actuado en la muerte de Jesús. Sólo Dios había ofrecido el sacrificio... por el bien de ellos, aunque todos habían claudicado.

Se produjo así un cambio revolucionario en la idea de sacrificio. Los «sacrificios expiatorios» solían servir para aplacar a una divinidad ofendida o para restablecer el orden transgredido. El hombre pide perdón a la divinidad mediante el sacrificio. Esto vale igualmente cuando el culto sacrificial es considerado una institución que Dios ofreció a los humanos para perdonarles los pecados. La nueva visión contiene dos pensamientos: El hombre no mueve a Dios, con este nuevo sacrificio, a cesar en su cólera; es Dios el que actúa para que el ser humano abandone su hostilidad hacia él y hacia el prójimo. **No es Dios, sino el hombre, el que debe transformarse con este sacrificio; no es Dios, sino el hombre, el que debe superar la ira, los impulsos asociales y agresivos.**

Este sacrificio no actúa mediante la muerte sino mediante la superación de la muerte. En los sacrificios tradicionales es sacrificado el animal, y la vida es preservada simbólicamente devolviendo a Dios su sangre, sede de la vida. Pero el animal muere para mantener la vida en su conjunto. El nuevo sacrificio de Jesús no alcanzó eficacia mediante la muerte, sino mediante la superación de la muerte. Dios entregó una vida para recrearla desde la muerte. **Sólo Pablo expresó conceptualmente esta nueva noción de sacrificio. La salvación no se realiza "apacando" a un dios airado, sino superando la hostilidad humana (cf. Rom 5,6-11). La salvación no se logra dando muerte, sino resucitando (Rom 4, 25). La salvación no comienza con la súplica humana de reconciliación, sino con el ruego divino: "Reconciliaos con Dios" (2 Cor 5, 20).**

Pablo cree también que esta salvación se efectuó contra los "príncipes de este mundo" (HI cor 2, 6ss). En la lucha por el reparto de dominio y poder, se intenta sacrificar otra vida en aras de la propia. En la muerte sacrificial de Jesús, el sacrificio de uno hace posible una vida que no vive a costa de otra.

II POEMAS PARA ORAR

1. SONETO A CRISTO

No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido.
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor; muéveme el verte
clavado en esa cruz y escarnecido;
muéveme el ver tu cuerpo tan herido;
muevenme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, al fin, tu amor, y en tal manera
que, aunque no hubiera cielo, yo te amara
y, aunque no hubiera infierno, te temiera. ,

No me tienes quedar porque te quiera.
pues aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera

sumo sacerdote; ¹⁶mas Pedro estaba fuera, a la puerta. Salió, pues, el discípulo que era conocido del sumo sacerdote, y habló a la portera, e hizo entrar a Pedro. ¹⁷Entonces la criada portera dijo a Pedro: ¿No eres tú también de los discípulos de este hombre? Dijo él: No lo soy. ¹⁸Y estaban en pie los siervos y los alguaciles que habían encendido un fuego; porque hacía frío, y se calentaban; y también con ellos estaba Pedro en pie, calentándose.

Anás interroga a Jesús

(Mt. 26.59–66; Mr. 14.55–64; Lc. 22.66–71)

¹⁹Y el sumo sacerdote preguntó a Jesús acerca de sus discípulos y de su doctrina. ²⁰Jesús le respondió: Yo públicamente he hablado al mundo; siempre he enseñado en la sinagoga y en el templo, donde se reúnen todos los judíos, y nada he hablado en oculto. ²¹¿Por qué me preguntas a mí? Pregunta a los que han oído, qué les haya yo hablado; he aquí, ellos saben lo que yo he dicho. ²²Cuando Jesús hubo dicho esto, uno de los alguaciles, que estaba allí, le dio una bofetada, diciendo: ¿Así respondes al sumo sacerdote? ²³Jesús le respondió: Si he hablado mal, testifica en qué está el mal; y si bien, ¿por qué me golpeas? ²⁴Anás entonces le envió atado a Caifás, el sumo sacerdote.

Pedro niega a Jesús

(Mt. 26.71–75; Mr. 14.69–72; Lc. 22.58–62)

²⁵Estaba, pues, Pedro en pie, calentándose. Y le dijeron: ¿No eres tú de sus discípulos? El negó, y dijo: No lo soy. ²⁶Uno de los siervos del sumo sacerdote, pariente de aquel a quien Pedro había cortado la oreja, le dijo: ¿No te vi yo en el huerto con él? ²⁷Negó Pedro otra vez; y en seguida cantó el gallo.

Jesús ante Pilato

(Mt. 27.1–2, 11–31; Mr. 15.1–20; Mt. 27.1–2, 11–31, Lc. 23.1–5, 13–25)

18

¹Habiendo dicho Jesús estas cosas, salió con sus discípulos al otro lado del torrente de Cedrón, donde había un huerto, en el cual entró con sus discípulos. ²Y también Judas, el que le entregaba, conocía aquel lugar, porque muchas veces Jesús se había reunido allí con sus discípulos. ³Judas, pues, tomando una compañía de soldados, y alguaciles de los principales sacerdotes y de los fariseos, fue allí con linternas y antorchas, y con armas. ⁴Pero Jesús, sabiendo todas las cosas que le habían de sobrevenir, se adelantó y les dijo: ¿A quién buscáis? ⁵Le respondieron: A Jesús nazareno. Jesús les dijo: Yo soy. Y estaba también con ellos Judas, el que le entregaba. ⁶Cuando les dijo: Yo soy, retrocedieron, y cayeron a tierra. ⁷Volvió, pues, a preguntarles: ¿A quién buscáis? Y ellos dijeron: A Jesús nazareno. ⁸Respondió Jesús: Os he dicho que yo soy; pues si me buscáis a mí, dejad ir a éstos; ⁹para que se cumpliera aquello que había dicho: De los que me diste, no perdí ninguno. ¹⁰Entonces Simón Pedro, que tenía una espada, la desenvainó, e hirió al siervo del sumo sacerdote, y le cortó la oreja derecha. Y el siervo se llamaba Malco. ¹¹Jesús entonces dijo a Pedro: Mete tu espada en la vaina; la copa que el Padre me ha dado, ¿no la he de beber?

Jesús ante el sumo sacerdote

(Mt. 26.57–58; Mr. 14.53–54; Lc. 22.54)

¹²Entonces la compañía de soldados, el tribuno y los alguaciles de los judíos, prendieron a Jesús y le ataron, ¹³y le llevaron primeramente a Anás; porque era suegro de Caifás, que era sumo sacerdote aquel año. ¹⁴Era Caifás el que había dado el consejo a los judíos, de que convenía que un solo hombre muriese por el pueblo.

Pedro en el patio de Anás

(Mt. 26.69–70; Mr. 14.66–68; Lc. 22.55–57)

¹⁵Y seguían a Jesús Simón Pedro y otro discípulo. Y este discípulo era conocido del sumo sacerdote, y entró con Jesús al patio del

Lópe de Vega

2. OTROS POBRES

Hoy me entristecen otros pobres.

Dan pena los mendigos,

los mendigos de letras

los mendigos de duda,

los mendigos de ciencia,

esos sí que dan pena.

Los que no tienen nada,

duermen a pierna suelta,

en un banco, en el puente,

beben en la taberna

dicen: ¡Dios se lo pague!,

se rascan una pierna,

se comen un tomate

y parecen profetas.

Mendigo es el que dice :

¿y si Dios no existiera ?

Gloria Fuertes

3. COMO LA HIERVA

Por el dolor creyente que brota del pecado.

Por haberte querido de todo corazón.

Por haberte, Dios mío, tantas veces negado ;

tantas veces pedido, de rodillas, perdón.

Por haberte perdido; por haberte encontrado.

Porque es como un desierto nevado mi oración.

¡Porque es como la hiedra sobre el árbol cortado

el recuerdo que brota cargado de ilusión !

Porque es como la hiedra, déjame que Te abrace,

primero amargamente, lleno de flor después,

y que a mi viejo tronco poco a poco me enlace,

y que mi vieja sombra se derrame a tus pies ;

¡Porque es como la rama donde la savia nace,

mi corazón, Dios mío, sueña que Tú lo ves !

Leopoldo Panero

4. DECIMA

¡Esta noche interminable
en que me buscas, Señor ,
mientras voy tras otro amor
y su delicia palpable !
Dulce visión codiciable
que entre las sombras se crece.
Tu piedad no desfallece
a pesar de mi desvío.
Por fin venciste, Dios mío.
¡Qué lentamente amanece. ...!
Ernestina de Chambourci.

5. HORA SANTA

No he venido a consolarte, ni enjugar tus heridas con mis lágrimas,
ni a ofrecerte mi pecho como refugio de tu cansancio. ...
¿Quién soy yo para darte lo que no poseo,
para ofrecerte un amor que no ha logrado encenderme todavía?

Es tu hora, lo sé. Tu hora
y la de todos aquellos que han sufrido como Tú sufriste
y que sólo por eso pretenden acercarse a Ti.
Yo he llorado también, Dios mío,
y mi soledad es ancha y profunda,
tan ancha que mis ojos no saben dónde está la otra orilla,
la ribera donde huye el desamparo,
donde hay sombras amigas y un agua fresca, pura,
que con un sorbo apagaría esta sed que me abrasa.

Pero no vengo tampoco a pedirte que me sacies y apacigües.
Es justo que muera de sed,
es justo que una inquietud más honda que la noche
torture mi alma y la atenace interminablemente. Es justo...
No me sorprende la angustia que oprime todos los momentos de mi vida,
ni la niebla implacable que entorpece cada uno de mis pasos,
ni ese grumo de acíbar que paraliza mi lengua
y le impide gritar el horror que me invade.

Es justo. Lo sabemos Tú y yo sin decirlo. ...
No vengo a suplicarte que levantes el peso

me enviaste. ⁹Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que me diste; porque tuyos son, ¹⁰y todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío; y he sido glorificado en ellos. ¹¹Y ya no estoy en el mundo; mas éstos están en el mundo, y yo voy a ti. Padre santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre, para que sean uno, así como nosotros. ¹²Cuando estaba con ellos en el mundo, yo los guardaba en tu nombre; a los que me diste, yo los guardé, y ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de perdición, para que la Escritura se cumpliera. ¹³Pero ahora voy a ti; y hablo esto en el mundo, para que tengan mi gozo cumplido en sí mismos. ¹⁴Yo les he dado tu palabra; y el mundo los aborreció, porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. ¹⁵No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal. ¹⁶No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. ¹⁷Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad. ¹⁸Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo. ¹⁹Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad.

²⁰Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, ²¹para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste. ²²La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. ²³Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado. ²⁴Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo. ²⁵Padre justo, el mundo no te ha conocido, pero yo te he conocido, y éstos han conocido que tú me enviaste. ²⁶Y les he dado a conocer tu nombre, y lo daré a conocer aún, para que el amor con que me has amado, esté en ellos, y yo en ellos.

Arresto de Jesús

(Mt. 26.47–56; Mr. 14.43–50; Lc. 22.47–53)

II

Pasión de Jesús según San Juan

Jesús ora por sus discípulos

17

¹Estas cosas habló Jesús, y levantando los ojos al cielo, dijo: Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti; ²como le has dado potestad sobre toda carne, para que dé vida eterna a todos los que le diste. ³Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado. ⁴Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese. ⁵Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese.

⁶He manifestado tu nombre a los hombres que del mundo me diste; tuyos eran, y me los diste, y han guardado tu palabra. ⁷Ahora han conocido que todas las cosas que me has dado, proceden de ti; ⁸porque las palabras que me diste, les he dado; y ellos las recibieron, y han conocido verdaderamente que salí de ti, y han creído que tú

que lastima mis hombros,
que hagas florecer bajo mis pies las rocas,
que me allanes la senda aceptando de nuevo la carga que me abruma.

Vengo a estar a tus pies, a mirarte despacio, a ser bajo tus ojos...
Y me postro a la entrada del camino que lleva hacia Ti. ..
Y espero silenciosamente, obstinadamente,
sujetando mis sentidos y mis potencias
para que todo lo mío desaparezca,
para que donde estás Tú nada se atreva a existir, a alentar, a afirmarse.

Y por eso, Dios mío,
quiero negarme con todas mis fuerzas a hablarte, a sentirte ;
porque sería sentirme y hablarme,
cuando todo lo mío debe tender a humillarse, a romperse,
a quebrantar sin miedo en mi alma y en mi espíritu
lo propio, lo personal, lo que me aleja de Ti.

Y si tengo paciencia, obrarás el milagro.
Si consigo no resistir, no oponerme, no luchar, obtendré la victoria.
Vencerás Tú, Señor y Dios mío;
permanecerás Tú; y mi viejo ser, devorado por tu presencia,
pasará de esta nada que soy a esa eternidad que eres Tú.

Soy un agua sin cauce. Deténme en tu pozo.
Cíñeme en tus lisas paredes invisibles.
Contéme en Ti. Aprisioname.
¿ Para qué quiero esta libertad que me aleja de Ti,
que eres la libertad verdadera ?
Todos los yugos que he roto me han sujetado
más estrechamente a mí misma haciéndome mi propia esclava,
subordinándome a mis más íntimos desórdenes,
a mis más ocultas contradicciones.

Si ruego, si suplico, si imploro, vuelvo a sentirme,
a evadirme de Ti, de tu ámbito, de tu presencia.
Por eso heme aquí en tierra, inmóvil, sin voluntad,
en un esfuerzo de donación completa y absoluta.
Acéptame, Señor, abrásame para que renazca
verdaderamente y eternamente en Ti...

Ernestina de Chambourci.

5. EL NOMBRE QUE ME DISTE

No sé cómo me llamo. ..
Tú lo sabes, Señor.
Tú conoces el nombre
que hay en tu corazón
y es solamente mío;
el nombre que tu amor
me dará para siempre
si respondo a tu voz.
Pronuncia esa palabra
de júbilo o dolor. ..
¡ Llámame por el nombre
que me diste, Señor !

Ernestina de Chambourci.

6. ¿QUIÉN RECUERDA

¿Quién recuerda el aroma de las flores
abiertas en lejanas primaveras ?
¿Quién aquel resplandor de las hogueras
que hicieron, otro invierno, los pastores ?
Pasa la vida así, con sus dolores;
así la gloria, que afanoso esperas.
Poeta, ¿quién sabrá de tus quimeras ?
Amante, ¿qué ha de ser de tus amores ?
Una noche serena así decía,
mirando de los cielos la grandeza,
cuando una voz me susurró al oído :
“Ama con puro amor, trabaja y reza;
duérmete luego en paz y en Mí confía :
¡Cuanto se hace por Mí, nunca es perdido!”

Marqués de Lozoya

7. SONETO I

Yo he sentido, Señor, tu voz amante,
en el misterio de las noches bellas,
y en el suave temblor de las estrellas
la armonía gocé de tu semblante.

No me llegó tu acento amenazante
entre el fragor de trueno y de centellas,
¡al ánima llamaron tus querellas
como el tenue vagido de un infante !

¿Por qué no obedecí cuando le oía ?
¿Quién me hizo abandonar tu franca vía
y hundirme en las tinieblas del vacío?

Haz, mi dulce Señor, que en la serena
noche vuelva a escuchar tu cantilena;
¡ya no seré cobarde, Padre mío!

Marqués de Lozoya

8. SONETO II

¿Quién me dará, Señor, llegar a hablarte
en la dulce penumbra, sin testigo,
como el amigo fiel con el amigo
alegremente y sin temor de parte ?

y sólo por Ti te amé, y llegué a amarte
olvidado de premio y de castigo;
y embebecido con estar contigo,
del todo me perdiera por hallarte.

¡Oh, con cuánta verdad veré ese día
la nada de las cosas, y cuán graves
aquellos lazos que me impiden verte !

¡Háblame ya, Señor, como Tú sabes,
y sufriré el dolor con alegría
y llegaré sin miedo hasta la muerte !

Marqués de Lozoya